

APELACION A LA SANTIDAD

«*Omnes sancti, angeli; quia annuntiatores Dei*»
(S. Agustín: *In Joan. tract. I, 4*)

«¡Los Santos tienen la palabra!» Con esta frase de reclamo encabezaba G. Marcel hace años el prólogo a un libro de Madeleine Peguy (1). No me voy a ocupar de él ni del sentido que la frase tiene en aquel contexto; la traigo únicamente a colación como consigna que puede resumir una serie de latidos, alusiones y braceos que en el mundo actual pugnan por encontrar su contenido y expresión exacta. De los senos más profundos y temblorosos de la actualidad brota un quejido, un desgarrado y mudo grito de apelación: ¡Los Santos!

En el exordio de los sermones al antiguo modo, solía hacerse ver cómo en la época oscura que precedía a la eclosión de un santo existía un conjunto de necesidades, de urgencias sociales, morales o dogmáticas, de enfermedades del alma o de los cuerpos, de errores y de horrores, que reclamaban y pedían el Santo, y a los que el Santo venía a responder, calmar o satisfacer. Hoy nos parecen ingenuas la mayor parte de esas correspondencias, carentes de ordinario de exactitud histórica, ucrónicas o utópicas, y no podemos menos de sentir las como meros recursos oratorios. Bajo ellas, sin embargo, se ocultaba y vivía una esencial verdad: la de que Dios vigila alerta sobre el mundo y de que El lleva el timón del barco de los hombres, en este mar de dudas y zozobras que es la vida.

Hoy la apelación no suele hacerse en los sermones. Tal vez los sacerdotes nos hemos hecho más «comprensivos» y sabiondos. O menos exigentes. O tal vez demasiado prudentes y comedidos para no alancear la palabra de Dios en su dimensión profética que es siempre la más profunda, conmovedora y aleccionadora. Salvemos siempre las honorables excepciones. Ello es que la apelación a la Santidad nos viene dada hoy —además, al menos— por otros estratos del que-

(1) *La parole est aux Saints*, prefacio a «*Les Condamnés*», de Madeleine Peguy. Plon, 1946. Págs. 29-32.

TEXTOS Y GLOSAS

hacer espiritual humano más profundos, casi abismales, donde «la razón confunde la memoria»... Es como un grumo vital, turgente e indiferenciado a la vez, que ahora asoma a abrirse, buscando todavía su cauce y sus palabras. Sería sin duda interesante hacer ver sus brotes en las razones seminales de muchos campos, delimitándolos y desnudándolos de ese vaho tibio y brumoso que todavía oculta sus perfiles. Pero eso sería una labor ingente e inacabable. Tal vez donde más inmediatos aparezcan sea en la Filosofía y en el Arte, las formas espirituales donde más aguda y patente se acusa la complejidad y confusión humanas. Pero aún ahí no se podrían aventurar más tanteos, balbuceos o presentimientos. Son, con todo, lo suficientemente amplios e irreducibles a otras categorías como para poder elevar sobre ellos un proyecto de diagnóstico.

La apelación a la Santidad se me antoja, por ello, en ese claroscuro, como una síntesis de los signos y exigencias que caracterizan a nuestra época, una de las cifras-piloto que nos podría orientar en el camino hacia la comprensión de su más honda e inconfesada sinceridad. A primera vista esta apelación se dirige directamente a lo religioso; pero de hecho se desvalora y se desestima todo lo religioso que no esté transido y orlado por los inconfundibles e infalsificables valores de lo santo (2). En otra ocasión próxima pienso poder hacer patente las pruebas inmediatas de esta afirmación. Hoy nos limitaremos a traer al habla algunas expresiones de la apelación misma. Adelantemos, únicamente, que la respuesta ideal a nuestro tiempo, en el terreno religioso, sólo puede venir de la santidad. Tal vez pudiera decirse lo mismo de todos los tiempos. Pero de hecho las necesidades se han hecho patentes y urgentes de distinto modo en otras épocas. A veces se ha tratado de moral, a veces de exigencias doctrinales o dogmáticas para hacer frente a la corrupción de las costumbres o a desviaciones teóricas en el terreno de la especulación. Hoy se trata de actitudes y afirmaciones vitales, de verdadero com-

(2) No es posible dar una bibliografía detallada, pues habría que espi-
garla en la más inverosímil literatura de novelas, guiones de cine, de teatro,
filosofía, hagiografía, filosofía de la Religión y mística. A todos nos evocan
algo de esta atmósfera los nombres bien dispares de Graham Green, Kafka,
Maleguez, Julien Green, Huxley, Simona Weil, Bernanos, —¡esos «santos» des-
nudos e inermes, a veces de cristal, siempre problemáticos y perturbadores
para los hombres, de Bernanos!—, Gertrude von le Fort, Bergson, Antoine
Saint-Exupéry, Mauriac, van der Meersek, Caccioli, Claudel, Maritain, Marcel,
etc., etc. Sencillamente orientadores y conscientes de este hecho son los lib-
ros de Blanchard: *Santité Aujourd'hui*, Desclée de Brouwer, París, 1959;
Guardini: *Der Heilige in unsere Welt*, Würzburg, 1956; Daniélou: *Santité et
action temporelle*, Desclée, París, 1955. Otras referencias bibliográficas se
irán haciendo al tocar los temas concretos.

P. CESAR VACA

promiso existencial que implica y envuelve la integridad de nuestra persona. Y en nadie mejor que en el santo se presiente, admira o columbra esta aceptación o entrega al verdadero compromiso que emplaza y empeña toda nuestra vida. Una auténtica generación de santos sería la mejor respuesta al desaliento, al desencanto, a las críticas y al escepticismo religioso de nuestro tiempo.

Pero los santos no suelen venir por generaciones (3); son flores aisladas, solitarias, que exigen un extraño y singular cultivo. Nacen, como todos los hombres, en un lugar y tiempo determinados; pero Dios se reserva el cómo y los secretos de su florecimiento. Es con toda verdad que los santos, como los Mesías, tienen sus precursores, su voz que clama en el desierto, su vocación angustiada y cósmica que Dios nunca permite caer en el vacío. Porque nadie llama sin antes ser movido a la llamada; ni nadie busca sin una noción vaga y presentida de lo buscado. A veces los precursores terminan también en santos; les salva y santifica su propio testimonio, verdad de su voz, la luz auroral e incontaminada del Mesías que anuncian. Y el desierto se torna húmedo y reverdecido, como regado por un agua lustral. Felices, entonces, los que han vivido en el desierto...

Siempre ha sido camino para curar las enfermedades el comenzar por diagnosticarlas, por conocerlas en lo que tienen de sintomático y revelador del interno desequilibrio de las funciones. A veces hay que comenzar por la etiología más humilde y lejana, a veces hay que remontarse a la herencia regresiva de varias generaciones. Es una bendición para el médico cuando todos los síntomas apuntan y coinciden en una misma dirección y sugieren un origen único de la dolencia. Porque entonces aparece claro el remedio y las posibilidades de su aplicación. En este sentido, la apelación a la santidad se nos aparece como el verdadero punto de referencia a que aluden y del que están necesitados los más urgentes males de nuestro tiempo. No apuntan a la enfermedad, a lo negativo, sino que la revelan y apuntan a la vez, consciente o inconscientemente, al remedio. En nosotros debe estar entonces la decisión para hacer clara, o hacer que surja donde no exista, esa consciencia. Y la súplica para

(3) No obstante se puede admitir que hay tiempos y tierras más propicios para la santidad, aunque ésta sea planta de todos los climas y tiempos, e incluso que puede haber una especie de divino contagio de la santidad. Recuerdese, por ejemplo, la relación de estos nombres: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara y el Beato Avila, en España; San Vicente de Paúl, Santa Luisa de Marillac, Santa Francisca Fremiot de Chantal y la Beata María de la Encarnación, en Francia; los santos Bosco, Cafasso, Cottolengo y Savio, en Italia, etc. (Cfr. *Año Cristiano*, B A C, I, XIV.

que sean eficaces y ciertamente precursoras las voces del desierto, árido y sitibundo, que ahora comienzan a sonar.

I. EN EL NIHILISMO SE OYEN GRITOS

La esfera más honda, donde la humanidad ha pretendido siempre encontrarse y clasificarse a sí misma, sin adherencias de previos supuestos, es la filosofía. En el itinerario de la filosofía occidental se han corrido avatares múltiples de fe y rebeldías, de optimismos y pesimismo, de adhesiones ingenuas y prerreflexivas y de desesperaciones exacerbadas e inconsolables. Es ya sobradamente largo este itinerario y es además inútil el querer comenzar *ab ovo*. El hecho es que hemos llegado a la filosofía actual con un peso tal de escepticismos e inconsolaciones que muchas pobres almas discursivas, en el fondo, se han declarado derrotadas e imposibles de sublevar. Otras por el contrario, clausuradas y acedas, de presunta altivez inútil, se han revelado contra toda iluminación que no pueda venir de sí misma, de su propio y sellado pozo interior. La palabra más socorrida por todas, aireada y saboreada hasta el empalago, es «el absurdo». La vida es absurda, el mundo es absurdo y la muerte absurdísima. Y con todo, ahí están la vida y el mundo y la muerte haciéndonos sus ademanos y su mueca. En vez de «absurdo», habría que hablar de desesperación. Pero ¿de qué sirve una desesperación que no puede ir más allá de la muerte, que no podrá nunca superarla? La verdadera y suprema palabra no es tampoco la desesperación, sino *la nada*, la nada absoluta, la nada englutinadora, infinita e irremediable.

Esto es el nihilismo que en no mejores tiempos había profetizado ya y proclamado Nietzsche como nuestro inmediato e inquebrantable porvenir. ¡Hemos aquí! Pero de pronto, en el páramo de la desolación, como en el alma contradictoria del mismo Nietzsche, se oyen gritos. Y hay un boquear difuso, buscando alientos, como en la mística quejumbre de una agonía superada. Y se nos habla ya de esperanzas, y de alegría, de una tenue alegría que aún es posible... (4).

(4) Me gustaría seguir la sugerencia, ya que así ha salido la frase, al hermoso libro de J. M.^a Cabodevilla *Aún es posible la alegría*. Está escrito desde esta ladera en que la alegría es ya real, en la medida en que puede ser fruto de nuestra tierra, con la savia del cielo. Es un libro de invitaciones, de ingenuo rumor de alas, de un optimismo de respunto que ha conocido el dolor, pero que sabe y palpa esa otra esfera en que piadosamente se transforma en olorosa incitación al gozo. Con resignada penetración poética alude el autor en la dedicatoria a que es un libro para el siglo XXI...

TEXTOS Y GLOSAS

A la filosofía actual, más nueva, se le ha llamado existencialismo. La razón de este nombre consiste en que se ha ceñido rabiosamente a la existencia, al ser aquí y ahora, sin ligamentos ni implicaciones de posibles esencias y transcendencias. En la metafísica de esta filosofía ya no se trata del ser, de las esencias, de las verdades inmutables y eternas, sino de ser, de nuestra situación, del intransferible y angustioso quehacer humano mediante el cual realizamos nuestra vida, nuestra historia, es decir, a nosotros mismos. En los campos fértiles de esta filosofía, en lo que no tiene de nihilismo, ya no se oyen gritos, pero sí una reclamación de tentáculos perdidos, de amarras rotas, sin las cuales se siente desamparada, sin suelo y sin raíces, con los pies o las bases al azar del viento. Y entonces tornan las viejas afirmaciones, aunque sin alharacas ni modos enfáticos y con una nueva savia de experiencia. La existencia no precede a la esencia. La existencia está ligada, implicada, comunicada y realizando la esencia. En ella hay un barrunto, una preoición, y una premoción, una circunvalación y circuminsección, una suposición y una exigencia de la transcendencia. Y si ser significa hacerse, es que ha de significar darse, donarse, contestar a una llamada previa de la misma transcendencia con la entrega de sí mismo, responder a la propia vocación.

Una larga serie de motivos lógicos, prelógicos y vitales, se mezclan y entrecruzan en esta rescatada apelación de la filosofía actual. Un subsuelo removido en el que el descontento, la rebelión, la falta de aire puro, han hecho su mejor rendimiento. El hecho es que desde la filosofía existencial podían hoy aducirse y escucharse confesiones harto conmovedoras. El espíritu tenía que rebelarse contra la encerrona, aunque no todos los espíritus hayan sido lo suficientemente animosos y esforzados como para apelar y esgrimir el arma de la disconformidad y del descontento. Un último grito ahogado, pero cuyo gesto repercutirá en largo eco, se me antoja verlo simbolizado en el triste accidente de automóvil que segó la vida de Camus, una esencia española desdibujada y sofisticada por la cartesiana Europa, pendiente todavía de claridades y distinciones.

Se ha hablado de la sinceridad de esta filosofía de la existencia, de su ademán resuelto por desprenderse de todas las presiones y conformismos. Es una fábula convincente y de no fácil destrucción. El hecho es que en corto plazo se ha producido una generación de conformistas y desalentados, como es una gran parte de la juventud que la ha gustado y digerido. Una juventud sin garra, sin entusiasmos y sin romanticismos, una juventud de viejos. Aparte del descoco y la desenvoltura de un ateísmo verbal, y de un refinado y espiritual

TEXTOS Y GLOSAS

sadismo, no ha habido ciertamente sinceridad para las capas más profundas del alma humana, esa alma inquieta, angustiada e irredenta que se pretendía describir. Hay una dimensión humana que se ha cuidado de ocultar siempre con gesticulaciones mórbidas de la pasión hecha mito, del regusto de la carne hecha náusea, de la brillantez de análisis hechos refinamiento puntilloso. También esto es una forma del cansancio. El conocimiento ha tenido que morder el descarnado freno de la dialéctica y atenerse a sus bridas. Y es esa dimensión precisamente la que ahora asoma y quiere gritar, como en los lejanos momentos de su primer encarcelamiento gritaba en Nietzsche.

«Todos los arroyos de mis lágrimas
corren hoy hacia Ti.
Y la llama de mi corazón
se enciende para Ti.
¡Oh!, torna a mí, mi Dios desconocido,
dolor mío, suprema dicha mía».

Con ello se sentiría a sí mismo bien definida y expresada. En el libro *Die Werte des Heiligen* (5), de donde tomo esos versos suplicantes, se hace una evocación de otro grito permanente y eterno que tantos labios han pronunciado a través de los siglos, expresando con ellos la inconsolable nostalgia de Dios de toda alma humana. En ellos podía verse reflejada también la añoranza de Dios, la presencia de su ausencia, a que aquí venimos aludiendo:

Como el ciervo desea la corriente de las aguas,
así te desea mi alma a Ti, Dios mío.
Mi alma tiene sed del Dios vivo y fuerte;
¿Cuándo llegaré y apareceré ante su rostro?
Las lágrimas son mi alimento día y noche,
mientras se me dice a cada instante: ¿Dónde está tu Dios?
(Salmo 41).

Reproduzco, por fin, este trozo de Rilke, que por venir de él, y por la extraña y reconcentrada belleza que encierra, tiene toda la fuerza de esta ansia esperanzada que es mudo anhelo y fatigosa espera de la eternidad:

«Esto es la añoranza: morar en el afecto
y no tener en el tiempo hogar alguno.
Y esto son los deseos: diálogos callados
de las horas diarias con la eternidad.
Y esto es la vida: hasta que de un ayer

(5) HESSEN, Johannes: *Die Werte des Heiligen*. Pustet. Regensburg, 1938. Págs. 172-173.

TEXTOS Y GLOSAS

surge la más solitaria de todas las horas
que con sonrisa diversa de la de sus hermanas
calla frente a lo eterno» (6).

Desde aquí podemos ya sentir la maravillosa consonancia, por la que cada alma es fiel siempre a sí misma, que tiene esta frase reflexiva del joven Nietzsche, antes de que hubiera sido cegado por la filosofía de la prepotencia y del Superhombre: «La Naturaleza ~~recae~~ finalmente del Santo en quien el Yo se halla integralmente fundido y cuya doliente vida no es ya notada como individual, sino como un sentimiento de igualdad, de comunión y de unidad con todo lo que vive: del Santo en quien acontece esa maravilla de la transformación, sobre la cual no recae nunca la fascinación del cambio; esa última y más elevada evolución humana hacia la cual se lanza y esfuerza toda naturaleza para alcanzar la liberación de sí misma» (7).

Prescindamos de lo retorcido de la doctrina y aceptemos el sentido, como el ideal verdaderamente ilusionado o apetecible de lo santo.

II. COMUNION Y MUNDO ROTO

Aunque implícito y presente en las reflexiones que anteceden quiero traer expresamente aquí el testimonio de Gabriel Marcel que en esta línea y como representante de lo que, bien que mal, se ha llamado «existencialismo cristiano», se me antoja de un valor único e inigualable, como clara tónica de nuestro presente. No es este el lugar de detenernos en esbozar los fundamentos de su filosofía que hunde sus raíces en las más amplias exigencias de la tradición filosófica moderna y en los afanes de superación de la misma por la actual. Baste decir, para orientarnos, que fue anunciador y previsible de la filosofía de la existencia, y que él mismo se encuadra en su mejor temática. No se tratará, por tanto, en ella, del ser teórico y abstracto, sino también de ser, de realizar la plenitud óptica de nuestra perfección. La palabra esencial de este pensamiento es la «comunión», el ser-con. Ser significa compañía esencial, ontológica inserción con los otros y con la trascendencia. Y las categorías imprescindibles que nos viene a evocar su vocabulario son estas: intersubjetivas, misterio, compromiso, amor, entrega, disponibilidad, fidelidad, esperanza y exigencia de la trascendencia. Son todas respuestas a la «llamada dolorida», al quejido anheloso de este «mundo roto» en que vivimos y al que se trata de redimir y salvar.

(6) Ibid. Pág. 173.

(7) *Werke* (Klassiker Ausgabe), II, pág. 228.

La apelación —aquí serena y reflexiva— podría sintetizarse en estos términos: desde el momento en que la metafísica no trata de ser, sino de hacernos ser, de cómo realizar nuestro ser, más allá de la pura existencia, en la intersubjectividad y en la religación con Dios, ningún valor puede ser de mejor estima, de quilates más altos, que el que se realiza en el Santo, al hacer de su vida un trasunto de la caridad y cifrar su meta en la perfección de la comunión humana y de la entrega incondicionada a la trascendencia divina. En la vivencia de la Santidad, por la que se logra el nosotros del verdadero amor, y en la que la relación concreta con Dios y con el prójimo se hace savia de vida, como se significa maravillosamente en lo que la Teología llama el «cuerpo místico», se halla realizado el verdadero ideal de la metafísica de la intersubjectividad y de la comunión. El Santo, al ser uno de los miembros más privilegiados y pletóricos de ese «cuerpo», es la mejor respuesta a los anhelos y *desiderata* de esta filosofía. Una filosofía de la comunión y de la esperanza no podría, en momento alguno, tener mejor culminación, ni mejor corona, que la doctrina dogmática, realizada en su plenitud, de la Comunión de los Santos. El Santo es el testimonio creador, la realidad y el paradigma del verdadero latido y exigencias del ser y de la añoranza esperanzada de su plenitud.

En una de sus mejores reflexiones filosóficas, en la obra tal vez mejor lograda por lo sintética y densa de toda su doctrina, después de analizar el misterio ontológico del ser-con y su condición concreta, entre otras, de la «disponibilidad», escribe Gabriel Marcel:

«...El hecho de la santidad realizada en ciertos seres, está ahí para revelarnos que lo que llamamos el orden normal, no es, después de todo, desde un punto de vista superior, desde el punto de vista de un alma enraizada en el misterio ontológico, más que la subversión de un orden opuesto. A este respecto, la reflexión sobre la santidad, con todos sus atributos concretos, me parece presentar un valor especulativo inmenso: no habría que empujarme mucho para hacerme decir que es la verdadera introducción a la ontología» (8).

Desde otros muchos ángulos de la meditación marceliana podría llegarse a la misma conclusión. Desde las meditaciones sobre la técnica y los peligros de la tecnocracia, desde el análisis de la *Decadencia de la Sabiduría*, desde cualquier tema de la segunda parte de *Le Mystère de l'Être*. Y sobre todo, aunque por razones muy diversas, desde su Teatro. El Teatro de G. Marcel es la puesta al desnudo del

(8) *Position et approches concrètes du Mystère ontologique*. París, 1949. pág. 85 (1.^a edic., pág. 295). Cfr. *Être et avoir*, 123, 126, 179.

TEXTOS Y GLOSAS

«mundo quebrado», que «suenan a chatarra», del mundo desenraizado, sin fe y sin esperanza, hecho a sí mismo esencial tragedia. De los insolubilia de este teatro brota implícita, pero irreprimible, la «llamada dolorida» al mundo de la comunión y del misterio, de la gracia y de la alegría, de la donación, de la verdadera entrega al ser: de la santidad.

Con otro ademán bien diverso, pero abarcando los mismos extremos y afirmándolos en su totalidad, ya de una manera explícita y atormentada, con un postrer rumor de desaliento y evocación de amparo, viene a sonarnos también aquí la voz de una mujer: Simona Weil. Tengo que hacer un vivo esfuerzo para no detenerme en algunas consideraciones sobre esta extraña alma, mezcla de raro y glorioso misticismo, de doliente y generosa entrega a la desgracia de la tierra, de hispido y fecundo martirio de reparaciones femeninas. Pero me limito decididamente a su testimonio de llamada, de irreprimible apelación, aunque pida licencia para transcribirlo íntegro, en una de sus mejores expresiones:

«Vivimos en una época sin precedentes, y en la situación actual la universalidad, que antes podía estar implícita, debe estar ahora totalmente explicitada. Debe impregnar el lenguaje y toda la manera de ser.

Ahora no es nada ni siquiera ser un santo; es necesaria la santidad que el momento presente exige, una santidad nueva, y también sin precedentes.

Maritain lo ha dicho, pero sólo ha enumerado los aspectos de la santidad antigua que hoy están, por un tiempo al menos, prescritos. No ha sentido hasta qué punto la santidad de hoy debe encerrar en cambio una novedad milagrosa.

Un tipo nuevo de santidad es un surgimiento, una invención. Guardando todas las proporciones, manteniendo a cada cosa en su nivel, es casi análogo a una revelación nueva del universo y del destino humano. Es desnudar una gran porción de verdad y belleza hasta entonces disimulada por una gruesa capa de polvo. Hace falta más genio del que necesitó Arquímedes para inventar la mecánica y la física. Una santidad es una invención más prodigiosa.

Sólo una especie de perversidad puede obligar a los amigos de Dios a privarse del genio, puesto que para recibir la superabundancia del genio les basta pedirlo al Padre en nombre de Cristo.

Es un pedido legítimo, hoy al menos, porque es necesario. Creo que en esa forma, o en otra equivalente, es el primer pedido que debe hacerse hoy, un pedido que hay que hacer todos los días, a toda hora, como un niño hambriento pide siempre pan. El mundo tiene necesidad de santos con genio como una ciudad

TEXTOS Y GLOSAS

apestada necesita un médico. Cuando hay necesidad, hay obligación.

No puedo hacer para mí ningún uso de estos pensamientos y todos los que los acompañan en mi espíritu. En primer lugar, la considerable imperfección, que tengo la cobardía de dejar subsistir en mí, me coloca a una distancia demasiado grande del punto en que son aplicables. Es imperdonable de mi parte. Una distancia tan grande, en el mejor de los casos, sólo puede franquearse con el tiempo.

Pero aunque la hubiese franqueado soy un instrumento perdido. Estoy demasiado agotada...» (9).

Por muy leve que quisiéramos hacerlo, un comentario a estas palabras nos llevaría demasiado lejos. Porque no se trataría solamente de puntualizar algunos detalles, sino de hacernos cargo del ingente problema que plantea el hecho de pedir una santidad cualificada, un tipo original y nuevo de santidad que responda a las condiciones y exigencias y necesidades de nuestro presente: el tema de la santidad, hoy. Quede, pues, como nueva incitación para la próxima oportunidad de que hablamos arriba. Tendremos entonces que amillar los cuadros en vistas a un planteamiento de la cuestión sobre las formas históricas y psicológicas de la santidad, si es que llegamos a convencernos de que, por encima de las constantes, hay cualidades y diseños nuevos de perfección. Adelantemos, por otra parte, que no debemos forjarnos ni dibujar demasiados paradigmas o ideales modelos desde nuestra pobre encrucijada actual. Haremos constar la apelación. Pero el verdadero santo trae consigo siempre la suficiente novedad como para reabsorber en sí todas las que nos imaginábamos y darles un sentido, incluso, que no podíamos prever.

«Hay épocas en que la palabra y los escritos no logran ya hacer comprensible a todos la verdad necesaria. En ellas es preciso que las obras y los sufrimientos de los Santos creen un alfabeto nuevo para desvelar nuevamente el misterio de la verdad. Nuestro presente es una de esas épocas» (10). Me agradaría que estas palabras resolutivas y siempre proféticas de Michael Baumgarte quedaran como resumen de todas las consideraciones que preceden, reduciéndolas a su más elemental significado de «apelación».

P. RAMIRO FLOREZ, O. S. A.

(9) WEIL, Simone: *Espera de Dios*, Buenos Aires, 1954. Págs. 58-59.

(10) Citado por Walter NIGG en *Grosse Heilige*. Zürich, 1946. Pág. 34.